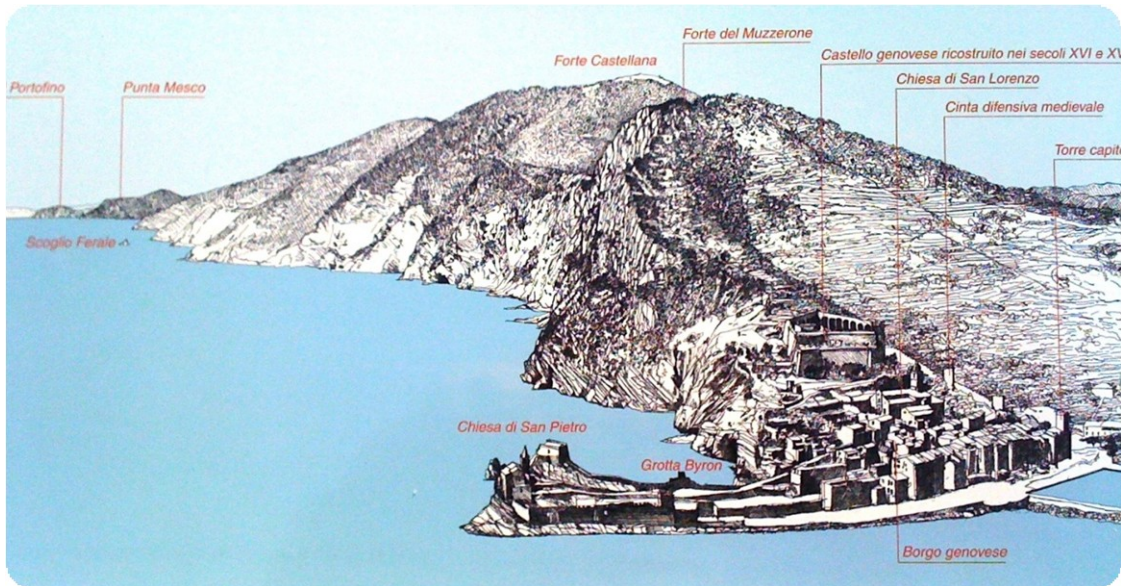


Crónicas Italianas (I) de Le Cinque Terre: de la Spezia a Portofino



(Nota aclaratoria: el relato entero está copiado de mi Cuaderno de Viajes; la primera parte está escrita con la intención de hacerlo en el Facebook. Por ese motivo, el estilo es más breve y conciso. He querido respetar el formato original aunque lo he modificado cuando he transcrito las partes

restantes. Disculpar la poca calidad de la mayoría de las ilustraciones del relato, tomadas con mi iPhone ; el resto son de archivo)

He aprovechado una ventana laboral para visitar el Museo Naval de la Spezia, la que fue la base más importante de los U-boat alemanes en el Mediterráneo durante la WWII, rematando el viaje con una excursión a este precioso enclave denominado Portovenere... ¡Espectacular!

Por la tarde emprendo una preciosa caminata (no hay otro modo) hasta el faro de Portofino, reconvertido en una pequeña terraza, con la idea de degustar un buen capuchino y disfrutar con la puesta de sol, colgado sobre el acantilado...

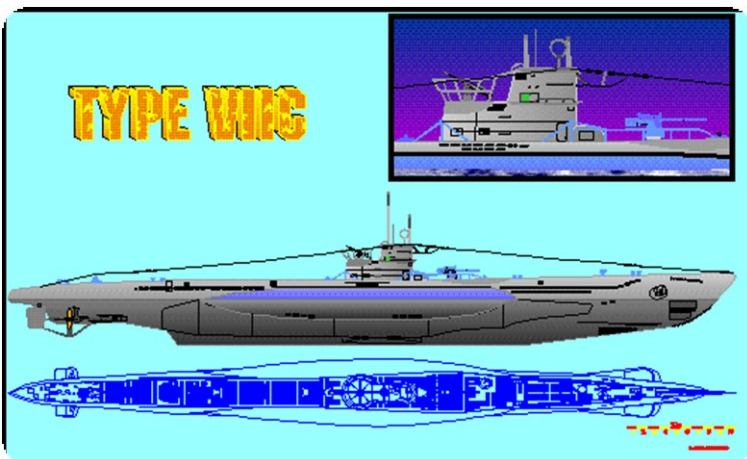


El paseo discurre por un itinerario por el sendero más exclusivo y asombroso que uno pueda imaginar, que circunvala hacia poniente el precioso puerto de Portofino, salpicado de palacios, palacetes y "palauelas" (¡"uala", qué palacio!).

Bellísimas edificaciones, colgadas de los acantilados, disimuladas entre la vegetación de sus jardines, decía ... Llego al faro, voy al bar y ... ¡está cerrado!

¡Qué le vamos a hacer!

Al menos, me queda la puesta de Sol, que nadie puede cerrarme.



De regreso al puerto, me conformo con una tisana que brindo mentalmente a la dotación completa de los 51 hombres del malogrado U-455, cuyos restos yacen a menos de 2 millas de este lugar, en el interior de su ataúd de acero. Este submarino alemán se hundió por causas desconocidas (probablemente por la explosión de una de sus

propias minas) durante la 2ª Guerra Mundial. Su paradero ha permanecido oculto durante sesenta años y fue localizado hace menos de 5 años por mi amigo Lorenzo.

El pez metálico, de la clase VII-C, está partido en un punto situado a unos 20 metros de la popa; ésta reposa ladeada sobre su lado de estribor a -117m, separada del resto de la nave.

El cuerpo del submarino está clavado en el fondo, a -112m, partido en dos por la formidable explosión que le arrancó la popa. Ocurrió durante la madrugada del 6 de abril de 1944, mientras el buque se hallaba en superficie (como lo prueban las escotillas exteriores, que permanecen abiertas), probablemente en una operación de "sembrado" de minas, siendo víctima de una de ellas.





[Video realizado por Lorenzo, descubridor del U-455 :](http://www.youtube.com/watch?v=rOWRWAoBfG0)
<http://www.youtube.com/watch?v=rOWRWAoBfG0>

La proa, a -81m, continúa apuntando arriba en un inconcebible ángulo de 60º, como queriendo escapar del fondo. Las escotillas están abiertas, invitando a entrar; invitación que hasta la fecha los pocos visitantes han declinado por respeto al comandante Scheibe y a sus hombres... y por miedo, todo hay que decirlo, a que pueda cambiar bruscamente de posición mientras se está de visita, claro!

La segunda tisana la dedico a las tripulaciones de los 3 navíos aliados que el U455 hundi6 durante su mortífera carrera, mientras medito, estérilmente y una vez más, sobre la insensatez humana...

Disculpar el "torrao": debe de ser cosa de la tercera tisana y de esa hermosa luna llena que recorta el castillo de San Giorgio y el Castello Brown, iluminando serenamente este enclave, que ya visitó Petrarca, Andrea Doria, las galeras genovesas, Barbarroja, y un sinfín de reyes, príncipes florentinos y princesas díscolas.



Crónicas Italianas (II) de Le Cinque Terre: Giuseppe y Portovenere

Se llama Giuseppe y vive como un San Pedro, en Portovenere, esa pequeña maravilla fortificada, protegida del viento y el mar de poniente por la isla de Pantelaria...

Giuseppe saborea y observa la vida con vivaces ojos negros desde su barco de pesca, un pequeño y valiente *bastimento* de faena, con la típica popa en “culo de mona”. Aparenta más años que los que tiene (y tiene muchos), gracias al Sol, la sal y la vida en el mar, aunque se mantiene en excelente forma. Es de los que viven para trabajar.



Lo conocí hace ya algún tiempo, en ocasión de hacerle un pequeño favor. Acabamos almorzando en su casa, maternalmente atendidos por Xesca, su mujer. Después de la comida estuvimos charlando y bebiendo “grappa” hasta que la hora y el instinto de supervivencia aconsejaron una prudente retirada, no sin antes pasarme por el bar/restaurante que hay justo delante de donde atraca su barco y dejarle pagada una botella; que uno también tiene su puntito... Nunca imaginé que todo eso se convertiría en un ritual, en un protocolo de comunicación entre Giuseppe y yo.

El pasado verano regresé a esta zona de las Cinque Terre. Y tuve ocasión de volver a verle. Casualmente me enteré de que el restaurante citado es de su propiedad, cosa que el bribón nunca me dijo. Durante aquella semana tuve ocasión de salir varios días con él, en su barco, lo que nos dio la confianza suficiente como para hablar de nuestras cosas. Y así me enteré que su padre había sido un buzo experto, de los de antes, de casco, peto y pies de plomo: “teste di rame” (“cabezas de cobre), como el título del excelente libro sobre buzos antiguos que ha escrito Francesca Giacché, su vecina de Le Grazie, pequeño municipio ligado a Portovenere.

Le Grazie posee el magnífico sobrenombre de *Città dei Palombari* o “Ciudad de los Buzos”. Es un bellísimo enclave que parece recortado de una esquina del lago Como y trasladado aquí, al mar de la Liguria o Mar de los Delfines, como llamaban los antiguos romanos a esta zona, por la gran cantidad de estos cetáceos que poblaban sus aguas. De hecho, Portus Delphinus es el antiguo nombre por el que se conocía a Portofino. Todavía hoy día hay una próspera actividad turística basada en el avistamiento de cetáceos (delfín común, rayado, cachalote y ballenas piloto).



Giuseppe me contó que recordaba como su padre, cuando libraba de su trabajo en la dársena militar en La Spezia, le llevaba en la barca junto a sus compañeros de trabajo e iban a faenar para su propio provecho: dátiles (*datile*) y escopiñas (*tartufi*), las famosas escopinyes menorquinas (“venus verrucosa”).

Y también me enteré de otras muchas más cosas:

- Me dijo que los dátiles viven en el interior de las rocas y tardan entre 30 y 60 años en crecer.
- Que en aquellos días se podía malvivir del mar sin problemas.
- Que su abuelo tributó su vida a Marte, el Dios de la Guerra, durante la Primera, sirviendo en la Regia Marina. El abuelo Giovanni partió de su Portofino natal, recién casado, dejando a su mujer embarazada. Nunca llegó a conocer a su hijo, el padre de Giuseppe.
- A ése, el maestro buzo, el que alzaba la mano cuando regresaba a la superficie y antes de emerger, para retener la mano a su hijo, en un mudo ritual entre padre e hijo, mientras terminaba su lento ascenso....A ese padre se lo llevó por delante la Segunda, sirviendo en la Marine Militare Italiana, dejando al joven Giuseppe al cuidado de su madre.

Ninguno de los dos marinos regresaron de ese Mediterráneo, ora generoso, ora cruel, que les dió y les quitó la vida, caprichosamente y a su antojo.

Ese Mar es a quién Giuseppe ha consagrado la mayor parte de su vida, privando a su familia de su propia presencia... Nunca me lo ha dicho con todas las letras, pero imagino que esa fijación por estar ahí, por pasar la vida flotando, quizás se deba a un intento inconsciente de regresar a aquellos tiempos de niñez, cuando el Mar se lo daba todo, incluso algo parecido a la felicidad, ni que fuera arañando instantes a la guerra, compartiendo fragmentos de la vida al lado de su padre... Giuseppe se pasa mucho tiempo, demasiado, hablando de su padre y de su niñez, como si una gran parte de él permaneciera atrapada en el tiempo, negándose a abandonar la barca, un niño esperando enfermizamente el regreso del padre, para asirle la mano en los últimos momentos de su ascenso...

Me contó que en Portofino hay un pequeño monumento, próximo al castillo de Sant Giorgio, dedicado a los hombres del pueblo que perdieron la vida en la Gran Locura, pero que él nunca lo ha visitado, ni falta que le hace.

Giuseppe opina que a los muertos se les honra de otras maneras; que eso del túmulo, las lápidas y las estatuas eran cosa de políticos y no de familiares.

Que a él le basta con meter la mano en el agua, cerrar los ojos y percibir el roce áspero y tierno de la mano de su padre, como cuando niño. Que esta es su manera de honrar su memoria y hacerlo revivir a su manera.

Le prometí que, de todas formas, en cuánto tuviera ocasión, visitaría ese panteón y depositaría unas flores en su nombre. Me miró un momento y luego apartó la vista farfullando que un turista tiene mejores cosas que mirar y que visitar.

-“Seguro”-le respondí-“pero no me importa honrar a los muertos que se lo merecen. Todos ellos forman parte de un renglón en el libro de la Historia. Me gusta la historia; especialmente toda aquella relacionada con el mar”.

-“¿Por qué?¿Te gusta pasarte una parte de tu vida mirando al



pasado?¿Qué coño sacas con ello? “

-“Decía un antiguo judío español que si no quieres repetir el pasado, tienes que estudiarlo”-cité a Spinoza. Y continué: “Estudiar el pasado, visitar pecios, hurgar en su búsqueda, bajo el agua o en los libros, me ayuda a comprender la vida”- rematé, de manera un tanto pedante y trascendental.

Otra larga mirada, un salivazo a sotavento y masculló algo así como “la vida se ha hecho para vivirla, no para comprenderla”, al tiempo que se las arreglaba para amurar la proa, de manera que el agua escupida me empapase la espalda.

–“ Y a ver si pones atención y te colocas de manera que no te salpique... que si no sabes cómo moverte encima, ya me dirás como cojones te vas a mover debajo... Y encima os hacéis llamar BUZOS... Ja!”- otro escupitajo –“unos *pazzi rompecolloni* es lo que sois...”- se reía por debajo la nariz, con ganas, con una risa que semejaba una tos seca...

-“Pues, mira, catalán, yo sé de unos cuantos barcos hundidos por la zona... y que nadie sabe”.



Mágicas palabras. Se me erizaron los pelos de la nuca como las espinas dorsales a una escórpora.

“-¿De verdad?”- inquirí –“¿Y hay alguno que descansa a profundidad asequible? ¿Me dirías las señas?”

Clavó su mirada en la mía por un momento y siguió un silencio de segundos que se me antojaron minutos.

-“Tengo un pacto con ellos. Ellos me dan sus langostas y yo no les cuento a nadie dónde descansan. Y así nadie va a tocarles los...

motivos”.

No insistí. Hay momentos en que uno debe saber esperar la ocasión propicia. Y ésta no lo era,seguro. Era consciente de la desilusión que se había pintado en mi cara. Y dejé que él lo notara, claro, castigándole con mi silencio hasta llegar a tierra.

Terminé los días de vacaciones allí y no saqué más el tema a relucir, excepto el último día, de refilón, cuando le dije que me iba a Santa Margherita, para bucear con unos amigos, en unos pecios de la zona. Que volvería en otra ocasión, aunque fuera para ver si su vida seguía valiendo la pena.

Y así lo he hecho. Siempre procuro cumplir mi palabra.

Crónicas Italianas (III) de Le Cinque Terre: “Spaghetti a la Giuseppe”

He tardado seis meses en regresar. El pasado jueves, tal como lo contaba en la primera crónica. Por la mañana visité el Museo Naval de la Spezia y luego, PortoVenere. Giuseppe no estaba en el puerto y dejé recado (junto a mis mejores saludos y un par de botellas de Torres Milmanda) a Xesca, de que había venido por tres días por asuntos laborales y que me hospedaría en el Hotel Europa, en Rapallo. Mi intención era volver el sábado, ya de regreso.

En Rapallo fui a registrarme al hotel y por la tarde me encaminé al vecino puerto de Portofino, para cumplir mi promesa hecha en su día a Giuseppe acerca de visitar el monumento a los caídos durante las Dos Guerras. El lugar se halla al pie del Castillo de Sant Giorgio y es parecido a una glorieta, con terrazas y abierto al mar, colgado sobre el puerto. Una lápida de mármol da testimonio del brutal peaje en vidas que debió suponer para un pueblo tan pequeño como éste a principios del S.XX; sangre joven que se derramó inútilmente (como en todas las guerras) y que sólo en la Primera Gran Barbarie, le costó a Italia 650.000vidas.



No tenía flores a mano y menos en esa época del año, así que pensé que si esta gente había compartido pueblo y juventud, no le importaría a los homenajeados compartir flores, por lo que me hice un pequeño ramo con algunas de las que adornaban los nombres de otros compañeros y las dispuse en el pequeño agujero vacío que había al lado del nombre del abuelo de Giuseppe. Le saqué un par de fotos y regresé al puerto, a tomarme unas tisanas a la salud de quiénes lo merecían.

De regreso al Europa me esperaba un escueto mensaje de Xesca, invitándome a comer el sábado, por lo que, sin nada más

que hacer, decidí aprovechar el estado de bienestar que me invadía y me dispuse a afrontar el viernes laboral que se avecinaba espeso...

El sábado, a mediodía (los italianos almuerzan temprano), estaba en Portovenere, helvéricamente puntual. El barco de Giuseppe no estaba amarrado, por lo que era inútil buscarlo en casa. De todos modos, me acerqué para saludar a su mujer, Xesca, que me comentó que su marido había salido a “buscar la comida”. Me dejé agasajar con un vasito de “vermouth” casero y estuve charlando con la *signora*. Servidor tenía muy claro que la cabeza más y mejor amueblada de aquella familia la tenía delante. Xesca había sabido aprovechar con una asertividad innata, la peculiar situación familiar, con un marido vivo pero perennemente ausente en su barco, amarrado a unos metros. Fue ella la que me comentó lo del restaurante y de otro más; de una pequeña casita en Pantelaria, alquilada a los biólogos del Centro de Estudios que hay allí; de otras dos barquitas de pesca... Y me quedó meridianamente claro quién era la que manejaba con mano de hierro invisible, el patrimonio familiar.

Como Giuseppe se retrasaba, dejé a Xesca enfrascada en sus quehaceres y me quité de en medio, yéndome a sentar en una de las mesas de la terraza del bar. Pronto hizo aparición un caballero, que rondaría los sesenta, que grácil y educadamente me dió la bienvenida a SU restaurante. Lo primero que llamaba la atención era el porte y su (no me atrevo a llamarle ropa) atuendo: camisa blanca de hilo, con las mangas arremangadas, luciendo escote tipo “palabra de honor” que mostraba una cadena de oro con la que bien se hubiera podido fondear al Queen Mary, y pelucón de marca del mismo metal, que le imprimía cierta escora al andar; el resto se conjuntaba con unos pantalones de seda amarillos y cinturón multicolor a juego (imagino que de Dolce&Chumino) y unos mocasines náuticos de Gili’s, tope fashion. Una tez, de tono moreno-divino-de-la-muerte con más UVA que un barril de mosto y una barriguita modelo Pilsen, completaban el conjunto. Estoy hablando del HIJO de Giuseppe.

No me extrañó que nunca me hubiera hablado de él: por su manera de pensar, Giuseppe seguro que no lo aprobaba; por su manera de ser, en su tozuda ausencia, apenas se relacionaban. Carlo había sido criado por su madre. El viejo gruñón jamás me había confesado que tuviera descendencia. En su día, Xesca, satisfecha su maternidad y en vista de la ayuda que le esperaba, decidió que uno bastaba, a diferencia de las demás comadres de Portovenere.



Perdido en mis pensamientos y alucinado por los colores, no noté la llegada de Giuseppe. Me hizo un ademán para que me acercara, me saludó con un: -Ciao, catalano! y me invitó a subir a bordo. Me dijo que el *pranzo* lo cocinaría y nos lo comeríamos en el barco, pero no allí, a la vista de todos aquellos *pazzi*.

Como en anteriores ocasiones, enfilamos el estrecho *freu* que separa la punta fortificada de Portovenere de la isla de Pantelaria, pasamos cerca de la cueva de Byron, y enfilamos la proa hacía Tino, otra isla del archipiélago, para seguir hasta rodear el Tinetto, su hermana menor. El mar, absolutamente planchado, respetaba las operaciones cocineras en las que se hallaba absorto Giuseppe, quién me había dejado al timón, hasta fondear en una minúscula rada al otro lado, cerca de la Torre Scola, pequeña fortaleza erigida sobre un escollo por los genoveses en el S.XVI, y que protege la entrada sur de la rada de Portovenere.

Giuseppe había pescado un bogavante (*astice*) de unos 3kgs; lo había partido en rodajas de un par de dedos de grosor que había puesto a hervir con agua de mar. Al cabo de un rato, sacó los pedazos, los salpimentó y los añadió a una sartén en la que previamente había frito unos tomates maduros y pelados, con abundante aceite de oliva, cebolla finamente picada y guindilla, añadiendo la sangre del animal y las vísceras, finamente picadas. El resultado lo vertió por encima a unos *spaghetti* también hervidos con agua de mar. Un par de vueltas y listos para el ataque.

“- La pasta debe de ser cocinada y servida inmediatamente”-observó. No le dije que no. De una pequeña nevera sacó una de las botellas de Milmanda que le había regalado y pusimos manos a la obra.

-“Espero que este vino *tedesco* no estropee los *spaghetti*- me dijo, sabiendo perfectamente que el Torres Milmanda es catalán y no alemán, aunque su sabor y color recuerda a un “Riesling”. Ambos sabíamos que el vino le había encantado. Terminado el festín, reconfortados por el Sol invernal y la guindilla, y con el ligero regusto dulzón del bogavante, nos dedicamos a lo nuestro; es decir, a no decir nada.

Personalmente opino que hay momentos, pocos y perfectos, que cualquier palabra estropearía. Y la amistad, tejida sobre el respeto al silencio ajeno, surge raramente entre dos amigos en tierra firme pero es frecuente a bordo, en el mar. Saber disfrutar de estos instantes, saber reconocerlos y aceptar el mutismo del prójimo, cada cual perdido en su mundo, ensimismado en los recuerdos, desenvolviendo cuidadosamente y con cariño, caras, gestos y miradas atesoradas en lo más íntimo de la memoria, es un acto sublime de respeto que consolida una amistad. Soy consciente de que la amistad con Giuseppe se ha consolidado más en los silencios compartidos que en las palabras.

Pasado un rato prudencial, Giuseppe me soltó: -“¿Sabes? No eres mal tipo para ser catalán... siempre es mejor que ser genovés y no digamos, toscano....”.

-“Pues mira, siempre he pensado que el genovés eras tú, que no has sido capaz de invitarme nunca hasta ahora, siquiera a un café, en TU restaurante”- repliqué, con cierta mala baba, en alusión a ese espíritu ahorrativo que el tópico atribuye a escoceses, catalanes, genoveses y judíos, totalmente infundado. “- Imagino que alguno de tus antepasados fueron catalanes... del Alghero, seguro...”. Hice diana.



Escupió a sotavento, me miró fijamente hasta que vió aparecer la sombra de una sonrisa en mis ojos y sacó él solito el tema: -“ pensé en lo que me pediste aquel día...”-empezó. Y cuando vió que me incorporaba, interesado, remató porcinamente: -“ Y he decidido que no. Que no pienso decirte donde están los malditos barcos. Y esto te lo digo en serio. Digamos que te aprecio lo suficiente como para querer evitar que te ocurra algo. Nunca me lo perdonaría. Y, además, me quedaría sin seguir bebiendo esa especie de meado de alemanes que me has traído...”- dulcificando sus palabras con su peculiar sonrisa... Y entonces si que vi una ocasión propicia. Y me lancé a fondo:

“- Giuseppe: en su día me preguntaste que me motivaba a hurgar en el pasado, consultando libros, o roles o visitando un *relitto*, un pecio, un buque hundido. Evidentemente, no es por la búsqueda de tesoros, claro. No hay modo ni motivo suficiente para reflotar ni una de esas naves... ni se puede resucitar a sus tripulantes. Eso es una quimera. Entonces, te preguntarás porqué todo ese interés en los barcos hundidos... Pues, en cierta manera, es un modo, el único modo que tenemos para resucitarlos. A los buques y a las personas. A todos.

Giuseppe tenía la cabeza ladeada y contaba con toda su atención. Proseguí:

“- Y esa manera es identificando a la nave, enterándose de cuál es su nombre. Si es un barco relativamente moderno, con el nombre se puede saber que carga llevaba, su puerto de origen, su puerto de destino. Reescribir la historia y, sobretodo, saber quiénes eran sus tripulaciones, su oficial de máquinas, su contra maestre o su capitán. Así, los gobiernos pueden intercambiar esa información y avisar a los familiares o descendientes de esas

tripulaciones que desaparecieron en su día, para que sepan, por fin, donde reposan sus restos. Éste, amigo mío, es el modo que tenemos para devolver lo que hoy en día en mi país se ha puesto de moda y que llamamos “memoria histórica”. Es una manera de devolver a las familias a sus seres queridos; y a la historia, el conocimiento de los hechos. Tú quieres conservar para ti esta información. Vale. De acuerdo. Digamos que respeto aunque no comparto tu decisión.

Opino que un hombre puede vivir toda una vida con ciertos secretos pero no debe morir con ellos.

Para mí éste ya es un tema cerrado. No volveré a pedírtelo más ni te importunaré con ello. Y no temas. Considero que nuestra amistad está por encima de esto, así que volveré siempre que pueda. Seguiremos bebiendo esos meados alemanes, comiendo estos *spaghetti* a la Giuseppe y serenando el espíritu con *grappa*. Los muertos están dónde deben de estar y nosotros procurando no ir. Cada cual tiene sus fantasmas de seres queridos que un día partieron para no volver y los honramos como mejor nos parece”. Frené el discurso. Aproveché para respirar hondo y en tono bajo, entré a matar:



-“ Por cierto, ésta es la manera que encontró la gente de Portofino para honrar a tu abuelo y a los otros muchos que no regresaron”- al tiempo que le mostraba una de las fotos que tomé en la glorieta, con el iPhone.

Giuseppe me dedicó una de sus largas y famosas miradas, escupió un par de veces y miró a la pantalla, sin decir nada. Al cabo de unos instantes, con voz ronca, murmuró:- “Fíjate: alguien le puso flores a mi abuelo”. Le dije que si, que alguien quizás tenía esa manera de honrar a los muertos que respeta: con flores.

Consulté el reloj y le dije que tenía que tomar el avión de regreso a casa. Que era hora de volver. Hicimos el corto trayecto en otro de nuestros famosos silencios. Al atracar, Giuseppe desembarcó conmigo y me dijo, por primera vez, de tomar algo en su restaurante. Le dije que no, que tenía que conducir todavía un centenar de kilómetros y que, además, en aquél restaurante todos los “alcos” eran malísimos... (la venganza es un plato que se saborea frío).

Nos dimos un abrazo y aproveché el momento para comentarle, “soto voce”: -“¿sabes abuelo? Hay mucha gente que se pasa la vida buscando fuera lo que quizás y sin saberlo, ya lleva dentro... Siempre es un buen momento para averiguarlo. Volveré. No sé cuando, pero será pronto. *Arrivederci*, italiano!

Me sacudió una palmada en la espalda mientras me decía: - "*Catalano* (nunca me ha llamado Ramon), tú procura seguir viniendo por aquí, que al final te convertiremos en un hombre de bien.... Ah! Y tráete más vino de ése. No está nada mal, la verdad, para no ser de aquí...”

Y ahí se quedó, parado, a medio camino entre su mundo y su familia, con la mano medio alzada y la mirada de quién se sabe ya derrotado.

Si. Servidor de ustedes sabía que esta vez le había ganado; no la batalla, sino la guerra. Nuestra particular y pacífica escaramuza. Era consciente de la mortal estocada que le había propinado.

Le devolví el saludo mientras me preguntaba cuándo, cómo y de qué manera iba yo a cobrarme el premio...

Ramon Verdguer

